

escribió con rubies el nombre de sus propietarios, Gaspar, Melchor y Baltasar.

Luego que el interior de la catedral estuvo habitable, trasladaron á ella los tres reyes magos, y el elector Maximiliano Enrique, de la casa de Baviera, les hizo erigir un bonito monumento del estilo jónico. Permanecieron aquí hasta el año 1794, en que el cabildo de Colonia, por el gran temor que le inspiraban los franceses, emigró á Amsberg, en Westphalia, y no queriendo separarse de sus tres reyes magos, los llevó consigo. En 1804 volvió el cabildo con las reliquias; pues ya eran pobres reyes que muertos se hallaban como muchos de sus colegas que á la sazón vivían; habían perdido su corona y las mas ricas joyas de su tesoro. Durante diez años, el cabildo había vivido desmembrando la urna de los pobres santos; de modo que hoy no queda en ella mas que lo que la han dejado. Verdad es que han tenido á bien dejarlos una corona de perlas imitadas; pero los tres reyes, inteligentes en alhajas, no se han dejado engañar, y en su aspecto se conoce la vergüenza que les causa tener piedras falsas. Aun quedan algunas antiguas buenas, y entre otras un Augusto, que se quiere hacer pasar por un Alejandro, y que es el verdadero retrato de Napoleón.

Cerca de los tres reyes magos están colocados los demas restos de la riqueza del cabildo: son estos la espada electoral, un magnífico báculo episcopal, y un cáliz de un trabajo maravilloso. El principal adorno del coro, donde descansan las entrañas de María de Médicis, es cuatro candeleros de diez pies de altura próximamente, en cuya composición se aprecia el oro que entra en ellos en una octava parte: en el momento de la fundición llegaron los canónigos con sacos llenos de ducados, y los arrojaron en el molde.

Dirigimos la última mirada á los hermosos vidrios que adornan las cuatro ventanas que se encuentran á la izquierda entrando, que son de fines del siglo XIV y principios del siglo XV, y fuimos en busca de otras curiosidades de la ciudad.

Después de la catedral, las dos iglesias mas visitadas por los extranjeros son las de San Pedro y Santa Ursula. En la primera es donde Rubens fué bautizado, y donde permaneció tres años como niño de coro; por eso quiso dejar á esta iglesia un grande y eterno recuerdo suyo, é hizo para ella una de sus obras maestras: el apóstol San Pedro crucificado boca abajo. Semejantes obras no se describen; nos contentamos con referirlo; éste es uno de los mas hermosos cuadros de Rubens. Para realzar mas su valor, el cabildo de San Pedro ha empleado un medio que da una alta idea de la modestia de los artistas indígenas. Ha mandado hacer á uno de ellos una copia del cuadro de Rubens y lo ha pegado á espaldas del original; de modo, que el cicerone

que os hace los honores de su iglesia comienza por enseñar á los viajeros la copia, sin decirles nada. Luego, cuando se han estasiado ante ella:—¡Ah! ahora, dice el malicioso sacristan, vais á ver el original. Da vuelta al cuadro, y os enseña una maravilla, que es causa de que en el mismo momento lo que habeis visto lo tengais por un mamarracho. Esto es sumamente ingenioso, pero dudo que la chanza fuera del gusto del pobre pintor, y que se le haya dicho de antemano á qué género de sorpresa estaba destinada su copia.

Visto San Pedro, nos dirigimos al punto á la citada abadía de hermanas de Santa Ursula. Sin duda alguna, nuestros lectores han oido hablar de las once mil mártires holandesas, pero acaso no conocen su historia en todos sus principales detalles. Helas aquí, porque es imposible no referir alguna crónica muy extraña cuando se habla de la Alemania.

Era por el año 220 de Jesucristo: Dionesto y Daria reinaban en la Gran Bretaña y no tenían herederos; rogaban ardientemente al cielo les concediese uno. El cielo, se ignora el por qué, hizo las cosas á medias, les envió una hija; verdad es que esta hija debía ser una santa.

El fruto tan largo tiempo esperado recibió el nombre de Ursula. Desde su juventud, frustrando las esperanzas de sus padres, que á falta de un hijo contaban al menos con un nieto, Ursula ofreció al Señor consagrarse exclusivamente á su servicio. Esta imprudente promesa causó gran pena á Dionesto y Daria, pero eran ambos demasiado religiosos para contrariar la santa inclinación de su hija; tanto que habiendo llegado embajadores de parte de Agrippino, príncipe germano, para pedir la mano de Ursula para su hijo, el príncipe Coman, Dionesto se negó al punto á esta union. Mas á la noche siguiente bajó junto al lecho de Ursula un ángel, la relevó su juramento de parte de Dios, y le mandó se casara con el príncipe Coman.

Dionesto y Daria no eran personas que dejasen marchar á su hija sin darla una escolta digna de ella. Eligieron entre las mejores familias de la Gran Bretaña once mil vírgenes, para que formasen la comitiva de Ursula, y la acompañasen primero á Roma, donde segun el deseo de su padre, debían ser bautizadas por segunda vez y volver con ella al país de los germanos. Partió Ursula con sus once mil damas de honor, y al llegar al puerto, encontró el mayor navío del rey su padre que le esperaba con sus marineros y su capitán. Despidió ella toda la tripulación, se sentó al timon, mandó la maniobra, y obedeciendo el buque, se alejó de tierra, llevando á las costas báltavas aquella bandada de blancas palomas.

Los embajadores iban detrás en otro buque, y como seguían la estela del primero, se recreaban grandemente con los cánticos que

entonaban las lindas doncellas que les precedían.

En aquella época el Rhin no se perdía en la arena; desembocaba sencillamente en el mar, como debe hacer todo rio que tiene conciencia de su mision; de modo, que las once mil vírgenes siempre dirigidas por Ursula, se internaron en el rio y subieron por él hasta Colonia. Aquilino, prefecto romano que gobernaba entonces la ciudad por Septimio Severo, emperador reinante, las recibió con grandes honores: mas como la intención de Ursula era llegar hasta Roma para recibir allí por segunda vez el bautismo, no hizo mas que abordar á Colonia y se volvió á embarcar al punto con toda su comitiva para seguir á Basilea. Aquí dejó su buque, pues que por bien dirigida que estuviere la maniobra, hubiera sido muy difícil hacerle subir por la cascada del Rhin, y acompañada de Pantulo, otro prefecto romano, á quien tentó tan buena sociedad, atravesó la Suiza y se Alpes á pie. Pantulo, que habia marchado solo para andar algunas leguas con ella, la acompañó hasta Roma. Fué esta una idea feliz, que mas tarde le valió los honores de la canonización.

Llegando á Roma las once mil vírgenes, hicieron su devota preparación, fueron bautizadas por el papa Ciriaco, quien atraído por la fé, que veía en todas aquellas santas doncellas, resolvió hacer lo que habia hecho Pantulo; por tanto hizo su dimision del papado, y cuando ellas dejaron á Roma, las acompañó á su vez con una gran parte de su clerecia.

De vuelta á Basilea, se embarcaron de nuevo las once mil vírgenes en el Rhin y bajaron hasta Maguncia; Ursula encontró aquí á Coman, su prometido. Era este un príncipe pagano, hasta allí sumamente obstinado en su falsa religion; mas cuando vió á su bella desposada, cuando oyó su dulce voz, creyó que el Dios á quien adoraba semejante ángel debía ser el verdadero Dios, y se convirtió á la fé católica. El papa Ciriaco no dejó resfriar su celo, y le bautizó en el mismo instante. Los prometidos esposos se dirigieron inmediatamente á Colonia, donde debía celebrarse el matrimonio.

Mas apenas habian llegado, cayó sobre la ciudad una invasion de godos. Cerráronse las puertas, y los habitantes, animados por Coman, hicieron la mas bonita defensa. En tanto, las once mil vírgenes estaban en oración; mas á pesar de las súplicas de Ursula y el valor de Coman, el cielo habia decidido que los godos quedasen vencedores. Tomaron, pues, la ciudad, y las once mil vírgenes se vieron colocadas en la alternativa de casarse con once mil godos, ó ser once mil mártires. Su elección no fué dudosa, eligieron el martirio, y comenzó el suplicio.

Todas fueron asesinadas en un dia, con los refinamientos de crueldad de que solo los godos eran capaces; solo una, llamada Cordula, consiguió al principio salvarse, metiéndose en

un buque y permaneciendo oculta bajo un banco; pero llegada la noche, habiendo visto abrirse el cielo y recibir á sus diez mil novecientas noventa y nueve compañeras, se avergonzó de tal modo de su debilidad, que al instante mismo fué á entregarse á los verdugos, y recibiendo la muerte inmediatamente, llegó aun bastante á tiempo para entrar con las demas antes que la puerta de los cielos se volviese á cerrar.

Los huesos de las santas doncellas fueron recogidos con cuidado y llevados á una iglesia. Faltaban los mas preciosos, porque por mas pesquisas que se hicieron, no se pudo encontrar el cuerpo de Santa Ursula. Pero un dia que San Cuneberto decia misa, una paloma bajó y revoloteó alrededor de su cabeza; el santo juzgó que el mensajero del Señor no se acercaba á él de aquel modo sin una mision particular; le siguió al campo. En cuanto llegó al pie de un álamo blanco, se puso á escavar la tierra con sus rosadas patitas. Se escavó en aquel sitio, y encontraron el cuerpo de Santa Ursula.

Ademas del cuadro que representa la llegada de las once mil vírgenes á Colonia, posee la iglesia uno cuyo asunto es el martirio particular de Coman y su desposada Ursula. San Pantulo no ha quedado en olvido, y tiene su altar casi frente á la cámara de oro.

EL RHIN.

Para nosotros los franceses es difícil comprender la profunda veneración con que miran los alemanes el Rhin. Es para ellos una especie de divinidad protectora, que ademas de sus carpas y salmones, contiene en sus aguas una gran cantidad de náyades, ondinas, genios buenos ó malos, que la imaginación poética de aquellos habitantes ve de dia á través del velo de sus azuladas aguas, y por la noche ya sentados, ya errantes por sus orillas. Para ellos el Rhin es el emblema universal; el Rhin es la fuerza, el Rhin es la independencia, el Rhin es la libertad. El Rhin tiene pasiones como un hombre, ó mas bien como un dios. El Rhin ama y odia, acaricia y pega, protege y maldice. Para los años, tienen sus aguas un suave lecho de algas y rosas, donde el anciano padre de los rios, coronado de rosales, y con su vasija vertida como un dios pagano, le espera para festejarle. Para otros, es un abismo sin fondo, poblado de monstruos de aspecto repugnante, y semejante á la sima que se tragó al pescador de Schiller. Para es-

te, sus aguas son un terso espejo, sobre el que puede marchar como Cristo, siempre que tenga más fe que San Pedro: para aquel, su curso es tumultuoso é irritado como el del mar Rojo devorando á Faraon. Segun bajo el punto de vista que se le considere, es un objeto de temor ó de esperanza; símbolo de odio ó de amor, principio de vida ó de muerte. Para todos, este es un manantial de poesía.

Especialmente entre Colonia y Maguncia es donde se han reunido sus más numerosas tradiciones, porque en el espacio comprendido entre esas dos ciudades, es donde efectivamente se encuentran los contrastes más opuestos del Rhin, sus puntos de vista más agradables y más terribles; allí tan pronto vencedor de sus colinas, que parece se mantienen respetuosas lejos de él, se estiende indolente y perezoso como un lago; tan pronto vencido, encerrado y como encadenado por sus montañas, gracias á los petos de granito contra los que se estrellan impotentes sus olas, se tuerce, se estiende, se repliega, como una serpiente que lucha, y en su impotencia reconocida, obligado á huir, amenaza huyendo. Comprendese que segun habitan tal ó cual sitio de sus orillas, los pescadores, cuyas barcas mece ó destroza, le miran como un dios tutelar ó como un mal genio, y le dan gracias como á un padre ó le imploran como á un enemigo.

Verdad es que desde la invención de los buques de vapor, el Rhin ha perdido mucho de su prestigio. Esas especies de monstruos domesticados, que como los antiguos dragones avanzan arrojando fuego y humo, para los que no hay ya ni torbellinos, ni abismos, ni tempestades; que remontan el curso de un río con más rapidez que un buque ordinario desciende por él, han arrojado poco á poco ante su ardiente soplo, y bajo los golpes de sus nadaderas de hierro, carpas, salmones, náyades, ondinas y genios; de modo que si se quiere hoy comer una fritada ú oír una balada, es preciso ir á pescar al Mein ó al Neckar, y buscar el canto en una generación que jamás ha oído hablar de Fulton. Esto es un poco más cansado, es verdad; pero con la escasez, se ha hecho por lo mismo de más precio. Por lo que hace á mí, puedo decir que mientras subí por el Rhin, me fué imposible encontrar más que huevos frescos y chuletas. Verdad es que he sido un poco más feliz con respecto á las baladas y tradiciones.

Por lo demás, exceptuando el pescado, que como he dicho ha llegado á ser en todo el curso del Rhin un mito, un geroglífico, una quimera, se han tomado perfectamente todas las medidas por las administraciones que están en competencia, para mayor satisfacción de la curiosidad de los viajeros. Una vez pagado el asiento de Colonia á Maguncia, y aun de Rotterdam á Strasburgo, ó de Strasburgo á Rotterdam, podeis emplear seis días ó seis meses en hacer vuestro viaje. Desembarcar ó

embarcarse en cada embarcadero; partís: buen viaje; volveis: sois bien recibido. Vuestro billete es un billete al portador al que rinde homenaje todo buque que pertenece á la administración, y que á cualquier hora que se presentase es pagado á la vista.

Apenas estuve en el Rhin, comprendí el acierto de esta medida. En efecto, aunque al ir contra la corriente marcha el buque con menos velocidad, las dos orillas del río son una especie de panorama en el que apenas tiene la vista tiempo de detenerse, y caprichoso y lleno de repliegues, os oculta el Rhin al punto, tras algunos de sus recodos, la ciudad, la aldea ó castillo, el buque continúa marchando, y otras ciudades, otras aldeas y otros castillos pasan, de modo que frecuentemente os perdeis en medio de aquellas montañas, aquellos valles, aquellas ruinas, procurando con vuestro *Guia* en la mano, coger algún nombre, sintiendo todo lo que habeis dejado pasar así, que hubierais querido ver en detalle, y que luego va á vuestra espalda es un conjunto confuso é indistinto. Así, subiendo las diez leguas que separan á Colonia de Bonn, todavía torpe en este ejercicio, apenas tuve tiempo de apuntar en mi álbum, *Brühl* con su antiguo castillo romano cuyas ruinas han desaparecido bajo las casas de campo que pertenecen á los más ricos propietarios de Colonia, y bajo el palacio de Augmentbourg, comenzado en 1725 por el elector llamado Augusto, y acabado por el elector Maximiliano Federico; *Rodinkirchen* con un antiguo castillo centinela avanzada de todas aquellas ruinas que aparecen sucesivamente como fantasmas del tiempo que pasó; *Langel*, tocando en otro tiempo con el Rhin y que se ha alejado al presente cerca de un cuarto de legua desde que la isla de *Lungelerwertles* se ha unido á la orilla; *Bergchen* y *Monfort* con sus poblaciones de pescadores y de cesteros; la *Sieg*, arroyo torrente que cambia á cada instante de lecho, y donde, segun aseguran, se han refugiado esos salmones espulsados del Rhin, y donde los antiguos proscriptos se han aprovechado tan bien de la hospitalidad concedida, que algunos tienen el peso de cincuenta y sesenta libras; *Benel* por donde atravesaba la calzada romana que iba de Colonia á Tréveris; *Roisdorfs* con su manantial de agua mineral que se prefiere á la de Godesberg, porque siendo menos volátil el gas carbónico que contiene se hace más transportable; en fin *Bonn*, la ciudad universitaria rodeada de jardines que se estiende hasta las orillas del río y dominada por el alto campanario de su catedral adornado con sus cuatro campanas.

Segun el itinerario que nos habíamos convenido de antemano, desembarcamos en Bonn con intención de detenernos allí para dormir y continuar al día siguiente nuestro camino por tierra hasta Drakenfelds.

En Bonn fué donde vimos el primer mode-

lo del estudiante alemán con su colosal pipa, su redingot abrochado, su cuello bajo y su imperceptible solideo, el cual por más viento que haga y por la habilidad con que el *studiosus* mueve su cabeza, permanece fijo como si estuviera clavado en la estremidad superior de la cabeza. No esperaba yo sin cierta curiosidad aquella aparición; en otro tiempo las universidades fueron un poder en Alemania. Hé aquí lo que había formado este poder:

Todos han oído hablar de las diferentes sectas de *iluminados* y *fracmasones* que florecieron en Francia á fines del siglo XVIII. Estas sectas, que revelaban más ó menos la filosofía alemana, tenían afiliación más allá del Rhin, y una de sus principales ideas era, bajo el nombre de *fracmasonería*, hacer renacer en provecho de los pueblos la antigua *Santa Wehme* establecida en provecho del Imperio. Este pretendido secreto, que no se revelaba más que á los iniciados, era, pues, libertad universal, manumisión general.

Llegó 1789. La revolución, que se anunció al mundo entero con la toma de la Bastilla, fué recibida con entusiasmo por las sociedades secretas, y casi concurren ellas enyeltas en la sombra con más eficacia que se cree, á los primeros triunfos de nuestros ejércitos.

Llegó en seguida Bonaparte: no solo se decía, había tenido conocimiento de aquellas sociedades sino que aun había formado parte de ellas; tanto, que cuando cambió su casaca de general por el manto de emperador, todas aquellas sectas, que cualquiera que fuese su religión y su nacionalidad soñaban en la libertad universal, le miraron como un traidor, y en Francia y en el extranjero se sublevaron contra él. Entonces, como por el momento acudían en auxilio de los príncipes sus enemigos, no solo fueron tolerados sino aun estimulados por ellos; y el príncipe Luis de Prusia aceptó el título de gran maestro de una de estas asociaciones. La tentativa de asesinato de Staps fué uno de los truenos de aquella tormenta.

Más á los dos días de aquella tentativa de asesinato, vino la paz de Viena. El Imperio, ese anciano gigante germánico, fué abatido al nivel de las potencias de segundo orden; la policía francesa se estendió desde las aguas de Bretaña al Ponto Euxino, y aquellas sociedades que hacía quince años se organizaban públicamente, vigiladas por el águila que en aquella época se cernía sobre toda la Europa, se vieron obligadas á volverse á refugiarse en las tinieblas.

Los desastres del ejército francés en Rusia reanimaron el valor de las sociedades, porque era evidente que la coalición se estendía hasta el cielo, y que el mismo Dios comenzaba á declararse contra la Francia. Los emisarios de estas asociaciones, que por espacio de ocho años se habían mantenido ocultos, reaparecieron, pues, tímidos al principio y hablando en

voz baja, pero hablando de libertad; por eso fueron acogidos con entusiasmo, especialmente por los estudiantes. Muchas universidades, casi en total, se afiliaron eligiendo sus gefes entre sus condiscípulos y profesores. El poeta Kœner, muerto el 18 de octubre en Leipsick, fué el Tyrtéo de esta campaña. El 18 de junio de 1815, Waterloo vino á ser un cuadro sombrio compañero de Leipsick, que envió por segunda vez los ejércitos prusianos compuestos casi en su totalidad de voluntarios, á la capital de Francia. El triunfo extranjero se había verificado; pero entonces comenzó la lucha interior.

En efecto, cuando los tratados de 1815 y la nueva constitución germánica fueron conocidos, se verificó una terrible reacción en Alemania. Todos aquellos jóvenes que escitados por sus príncipes se habían levantado en nombre de la libertad, conocieron que habían derramado su sangre en provecho de la *Santa Alianza*, y que todo lo que habían ganado derribando al gigante era ser gobernados por enanos; no se tuvieron, sin embargo, por derrotados, y confiados, como generalmente lo es el hombre en esa primera época de la vida, quisieron reclamar las promesas hechas; más á las primeras palabras que pronunciaron, las políticas combinadas de los señores Talleyrand y Metternich pesó sobre ellos y los obligó á ocultar su resentimiento y esperanzas al abrigo de las universidades, especie de oasis republicanos, que, gozando de una constitución especial, se libraban por el hecho mismo de su organización, de los esbirros de la Santa Alianza. Mas por comprimidas que se vieran aquellas sociedades no dejaban por eso de existir manteniendo correspondencia entre sí por medio de estudiantes viajeros, que, bajo el pretexto de herborizar, recorrían la Alemania encargados de misiones verbales que, semejantes á los antiguos profetas, esparcían al pasar desde la cima de las montañas. Sand fué el producto de esta segunda liga, como Staps lo había sido de la primera. Solo que, como Mucio Scevola, se equivocó y mató á un esclavo por un rey.

Por el asesinato, bien ejecutado, pero mal comprendido, de Kotzebue, las universidades quedaban entregadas á sí mismas; así, desde aquel momento comienza entre ellas y los gobiernos la lucha en que sucumbieron. Todo poder oculto es perdido en el instante mismo en que es descubierto; porque no estaba oculto sino por ser débil.

Pero el estudiante alemán, perdiendo su poder político, ha conservado su carácter negligente y abandonado, de modo que no es menos digno de ser estudiado. Sin un cuarto en su bolsillo, pero confiado como el ave que vuela á quien Dios ha prometido alimento, parte para hacer su peregrinación por Alemania, con su pipa en la mano, su saquillo de tabaco al costado y su Kœrner en el bolsillo.

El camino le hará á pié por largo que sea: el sol y la sombra son de todo el mundo. En cuanto á lo demás, Philistin proveerá á ello. Pasa un carruaje, contenga naturales ó extranjeros, el estudiante se quita su pipa de la boca, despega de su cabeza su embrion de solideo, se aproxima al viagero, y alegremente le invita á que le ayude á seguir su camino. Es raro que un alemán niegue su proposición al estudiante que pasa. Por otro punto, por otro camino de la Germania, su hijo camina también, y acaso en aquel mismo momento apela á la bolsa del padre á cuyo hijo presta su auxilio. Por su parte el posadero tiene muy buen humor y desinterés para con el *studiosus* que viaja, cualquiera que sea su grado en la gerarquía universitaria, sea pinzon, zorra ó antigua casa; este es su golondrina que vuelve todas las primaveras; le da abrigo bajo su techo. Y en cuanto al alimento, siempre se entenderá con un compatriota; además, los franceses ó los ingleses son los que pagarán esto. Así, sin preguntarle si tiene ó no dinero, el estudiante tiene siempre que llega, su vaso de vino del Rhin ó su botella de cerveza, si le agrada mejor; y aun generalmente le preguntan de qué país la prefiere: se le da una comida sacada de todas las comidas, y si la casa está demasiado llena, un lecho de paja fresca, que vale algunas veces más que el mejor lecho de lana ó viruta de todas las posadas. Levántase alegre con el día el estudiante, bebe otro vaso de vino del Rhin, enciende su obligada pipa, y se pone en camino. Después de haber visto los campos de batalla de Jena, Ulm y Leipsick, vuelve á entrar en su universidad con el grado de casa mohosa, bebe aun millares de copas de cerveza, se fuma algunos millares también de pipas, da y recibe una veintena de *schlager*, y vuelve al seno de su familia, donde continúa bebiendo y fumando, pero ya no se bate.

Llegamos á la fonda de la Estrella, situada en la plaza del Mercado, y al cargo de Simrock, el hermano del poeta, precisamente en el momento en que iban á ponerse á la mesa para la comida de la una, que se llama la pequeña comida. Porque en Alemania, aunque se está comiendo desde por la mañana hasta la noche, se ha creído, sin embargo, que debían designar con ciertos nombres las estaciones que se hacen tras cortas paradas. Así, por la mañana á las siete, al abrir los ojos, se toma café, á las once se hace un segundo almuerzo, á la una la pequeña comida de la una, á las tres se come, á las cinco una friolera de merienda, en fin á las nueve de la noche, al salir del teatro, se cena, y después á acostarse. En eso no se comprende el té, las tortas y los *sandwichs* que se toman en los intermedios.

Aunque en el estado ordinario tengo por lo general un apetito muy bueno, y viajando aumentan mis facultades bajo ese aspecto un veinte y cinco ó treinta por ciento, desde mi

llegada á Aix-la-Chapelle, era muy desgraciado en este particular. Desde luego, como todo francés, nacido en la vieja Francia, la sustancia nutritiva que ingiero en cada una de mis comidas se compone de una mitad de pan, una cuarta parte de carne, y otra cuarta de entremeses y postres. Mas desde Aix-la-Chapelle, en lugar de pan me habían servido bizcocho. El bizcocho es una cosa excelente en sí misma; pero como en mi opinión, para conservar todo su valor debe ser servida á su tiempo, la primera vez que el fondista cometió lo que á mí me parecía un anacronismo, había yo dejado aparte mi bizcocho para comerlo con toda propiedad con la crema de café, y le pedí verdadero pan. Entonces el mozo se sonrió con una inteligencia de excelente augurio, y me respondió en buen francés:

—Ya sé lo que pide este caballero.

Y me llevó torta anisada. Di un bocado á mi torta; como torta nada tenía que decir contra ella, pero como pan, puesto que dejaba mucho que desear, la dejé en otro plato, á fin de tomarla después á modo de pudding, llamé al mozo, que llegó con la fisonomía de excelente humor que tienen siempre los mozos alemanes, y no fiándome ya en mi idioma materno, aventuré en el mejor sajon la palabra *brod*.

—¡Ah! comprendo, me respondió el mozo satisfecho de haber al fin interpretado mi pensamiento, el caballero me pide poumpernick. Y sin esperar mi respuesta, se lanzó fuera de la habitación.

No hice ningun esfuerzo para detenerle, primero porque las dos obras de tahona que tenía á mi vista no me parecían de ningun modo destinadas á reemplazar al pan, y además porque no me disgustaría ver de frente al animal que se designaba bajo el formidable nombre de poumpernick. A los cinco minutos volvió el mozo con uno de esos bonitos panes redondos, que en nuestras aldeas se llaman molletes.

—¡Ah! dije yo muy contento.

—¡Ah! dijo el mozo aun mas contento que yo.

—¿Es esto á lo que se llama aqui poumpernick? dije cogiendo el mollete de sus manos.

—Verdadero poumpernick: no hay mas que un solo repostero que lo haga aqui bueno.

—¿Cómo! ¿son los reposteros los que hacen aqui el pan?

—Si no es pan lo que os doy.

—¿Pues qué es esto?

—Es poumpernick.

—El nombre no hace á la cosa.

—Teneis mucha razon, caballero; el nombre no hace á la cosa; por otra parte, el poumpernick es muy bueno.

—Vamos á verlo.

Dichas estas palabras, intenté dividir en dos pedazos la especie de mollete que tenía

en la mano, pero experimenté una resistencia que no me esperaba.

—¡Ah! me dijo el mozo, el poumpernick no se corta; se rompe, ó se necesitan cuchillos hechos espresamente, y que cortan como navajas de afeitar.

—¿Cómo! ¿cuchillos que cortan como navajas de afeitar para partir pan?

—Ya he tenido el honor de deciros, caballero, que el poumpernick no era pan.

—Pues entonces, ¿qué es esto? pregunté impacientado, hundiendo involuntariamente mi dedo pulgar á través de la corteza.

—Señor, son peras prensadas y secadas al horno; pasas de Corinto, higos; en fin, de toda clase de cosas buenas.

Partí mi poumpernick, y vi efectivamente salir como frutas secas. La corteza estaba hueca, y no contenía mas miga que la necesaria para trabar con una masa esponjosa todas aquellas frutas entre sí.

Me vi obligado á volver á mi torta; de modo que desde Aix-la-Chapelle, me sucedía como á los súbditos de no sé qué reina, y á falta de pan, comía bizcocho.

En cambio, si desde Aix-la-Chapelle no había pan, tampoco había gendarmes, y el pasaporte era un objeto de lujo. Al llegar á la fonda, nos presentaba el mozo un registro; sentábamos en él nuestros nombres, y todo había concluido.

A partir desde Colonia, la corrupcion culinaria no se estendia solo al pan; se había propagado á la carne. Mientras me servían mi bizcocho y mi vaca por separado, hacia como las gentes que beben su agua en un vaso y su vino en otro; de modo que no mezclando las cosas todo iba bien. Una nueva prueba me esperaba en Bonn. La pequeña comida se componia de un guisado de abondiguillas, un trozo de vaca con ciruelas pasas, una liebre con dulces, y un jamon de jabali con guindas; como se ve, era imposible trabajar con mas éxito para echar á perder, unas por otras, cosas que separadas son muy agradables.

No hice mas que probar aquellos diferentes objetos; cuando llegó su turno á la liebre, el mozo no pudo ya contenerse.

—¿Es que á este caballero, preguntó, no le gusta la liebre con dulces?

—Encuentro esto detestable.

—Es admirable en un gran poeta como vos, caballero.

—¡Y bien! he ahí lo que os engaña, querido amigo; hago versos para mi consumo particular, es verdad; pero esto no es una razon para llamarme un gran poeta, y llenarme el estómago con vuestros guisos: además, aun suponiendo que yo fuera un gran poeta, en último resultado, ¿qué tiene que ver la poesía con la liebre con dulces?

—Nuestro gran Schiller miraba con adoracion la liebre con dulces.

—¡Y bien! yo no soy del mismo gusto que Schiller; servidme del *Guillermo Tell* ó del *Wallenstein*, pero llevaos vuestra liebre.

El mozo se llevó la liebre; en seguida probé el jabali con guindas. Mas apenas volvió el mozo, le alargué de nuevo mi plato intacto; su admiracion redobló.

—¿Cómo! me dijo, ¿no le gusta al caballero tampoco el cerdo con guindas?

—No.

—Pues al señor Goethe le gustaba muchísimo el cerdo con guindas.

—No lo sabia, pero tengo la desgracia de carecer de los mismos gustos que el autor de *Fausto*. Hacedme una tortilla.

Esperé con paciencia; á los pocos minutos volvió el mozo con la tortilla que había pedido: aun para un inteligente, tenía un aspecto notoriamente apetitoso, pero á pesar de tener mucha hambre, arrojé el primer bocado en mi plato.

—¿Pero qué diablo habeis puesto en esta tortilla? Una tortilla, querido, se hace con manteca, huevos, sal y pimienta.

—Pues bien, caballero, está hecha con manteca, huevos, sal y pimienta.

—¿Y qué más?

—Un poco de harina.

—¿Y qué más?

—Un poco de queso.

—Seguid.

—Azafran.

—Bueno.

—Nuez moscada, clavos de especia y un poco de tomillo.

—Bueno, bueno, bueno; llevaos la tortilla con lo demás, y buscadme un cicerone nacional.

El mozo salió á la puerta, encontró al dueño de la fonda, y le dijo algunas palabras. El señor Simrock se adelantó hácia mí.

—Caballero, ¿no estais contento con la comida? me dijo con un modo y aire sumamente atentos.

—Es que, respondí bastante cortado con las buenas maneras de mi huésped, no me gustan las cosas que se me han servido: no es mas que eso.

—Si hubiéseis tenido la bondad de decir antes que deseábais comer á la francesa, no hubiera tenido ese disgusto.

—¿Cómo! le dije, ¿me será posible tener sopa sin abondiguillas, vaca sin ciruelas, liebre sin dulces y jabali sin guindas?

—No teneis mas que pedirlo, caballero.

—¿Y.... pan?

—También, pan; lo hago cocer para los que quieren comerlo.

—¡Ah! mi querido señor Simrock, me salvais la vida; ¿y cuándo podré tener eso?

—En la segunda comida.

—¿Y cuándo es la segunda comida?

—A las dos. Entretanto, y para hacerle pasar el gusto de nuestros infames manjares